

VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XXIII Jornadas de Investigación XII Encuentro de Investigadores en Psicología
del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2016.

Afectividad y modos primarios de expresión en Freud. Una lectura a partir de “La negación”.

Ferme, Federico.

Cita:

Ferme, Federico (2016). *Afectividad y modos primarios de expresión en Freud. Una lectura a partir de “La negación”*. VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIII Jornadas de Investigación XII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-044/714>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eAth/F9A>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

AFECTIVIDAD Y MODOS PRIMARIOS DE EXPRESIÓN EN FREUD. UNA LECTURA A PARTIR DE “LA NEGACIÓN”

Ferme, Federico

Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Argentina

RESUMEN

Este artículo se propone iniciar un abordaje del lugar de la afectividad en el pensamiento de Freud a partir de una lectura de la distinción entre función intelectual y procesos afectivos realizada en “La negación” de 1915. Con la separación entre juicios primarios de atribución y juicios de existencia, Freud abre la puerta para caracterizar al modo en que el yo-placer inicial constituye el sentido de su mundo de modo afectivo y con anterioridad a la adquisición del lenguaje. El vínculo propuesto entre este yo placer inicial y el funcionamiento del “lenguaje de las primeraísimas pulsiones orales” tal como se lo lee en Freud deja ver el vínculo entre la afectividad y el comportamiento en tanto que relaciones primarias de atracción y repulsión. En esa dirección se buscan establecer enlaces con la dinámica de los procesos primarios como aquellos por los que la energía libidinal se intenta descargar del modo más rápido posible, absoluto e inmediato; y, finalmente a través de la descripción de la regresión formal como “modo de expresión” se intenta mostrar un modo afectivo de institución del sentido que coexiste con aquellos propios de la mediación del lenguaje y los procesos secundarios.

Palabras clave

Afectividad, Expresión, Juicios primarios de atribución, Regresión

ABSTRACT

AFFECTIVITY AND PRIMARY MODES OF EXPRESSION IN FREUD. A READING FROM “DENIAL”

This article aims to start an approach to the place of affectivity at the thought of Freud, starting from a lecture of the distinction between the intellectual function and emotional processes made at “The denial” of 1915. With the separation between the primary judgements of attribution and judgments of existence, Freud opens the door to characterize the way in which the initial ego-pleasure constitutes the sense of his world in an affective mode and prior to the acquisition of language. The proposed link between this initial ego-pleasure and operation of the “language oral first drives” as it can be read in Freud reveals a bridge between the emotions and behavior as primary relations of attraction and repulsion. In this direction we seek to establish links with the dynamics of the primary processes such as those for which the libidinal energy try to download as quickly as possible, and in an absolute and immediate mode; and, finally through the description of regression formal as a “mode of expression” that shows affectivity as a sense institution that coexists with those of mediation of language and secondary processes.

Key words

Affectivity, Expression, Judgement of attribution, Regression

1. Los juicios primarios de atribución: vínculos entre afectividad y comportamiento

Las menciones a los afectos en el artículo de Freud «La negación» (1925) son menores, aunque el texto se construye sobre su referencia implícita. Tratando de dar cuenta del mecanismo de la «denegación», como una cancelación de la represión —en tanto toma de conciencia de los contenidos inconscientes a través de su negación—, pero sin que esto suponga la aceptación de lo reprimido, Freud se ve llevado a sostener que lo que se produce en ese fenómeno es una separación de la función intelectual y el proceso afectivo. Con la negación se produce una aceptación intelectual de lo reprimido con persistencia de lo esencial de la represión. Para Freud es tarea de la función intelectual del juicio afirmar o negar contenidos de pensamiento: el juicio debe atribuir o desatribuir una propiedad a una cosa y, por otro lado, admitir o impugnar la existencia de una representación en la realidad[i]. Pero encuentra necesario indagar el origen psicológico de esta función, razón por la que describe a los «juicios primarios de atribución» como el modo originario en que el «yo-placer inicial» se relaciona con el mundo; y, vinculados al surgimiento del «yo-realidad definitivo» los «juicios de existencia», que se pronuncian acerca de la existencia efectiva del objeto del que se tiene representación, dándole forma a lo que en el *Proyecto de psicología* se denominaba «examen de realidad». A diferencia de éstos, los «juicios primarios de atribución» que los preceden no juzgan nada del orden de la existencia; no buscan saber si hay algo o no, o sobre la certeza de las representaciones en relación a lo percibido, sino que juzgan sobre los atributos de lo «bueno» y lo «malo», no en tanto que determinaciones inherentes a un objeto sino como cualidades que surgen según el criterio puramente subjetivo del gusto o del disgusto. Según Green, la coherencia del pensamiento psicoanalítico se ve en que en un primer momento el trabajo del aparato psíquico distingue entre lo bueno y lo malo según criterios puramente internos y sólo en un segundo tiempo se podrá decidir si esos objetos son mero producto del funcionamiento o también existen en la realidad[ii].

En varios aspectos esta noción puede compararse con la idea de los «juicios estéticos» que Kant trabaja en la *Crítica del juicio*. A diferencia de los juicios de conocimiento (o lógicos) que buscan determinar al objeto por medio de su subsunción bajo categorías, los «juicios estéticos» no se fundan en conceptos ni tampoco los proporcionan sino que juzgan sobre la forma del objeto (*Gegenstand*) según los sentimientos de agrado o desagrado. Por lo tanto, el motivo determinante de estos juicios no puede ser objetivo puesto que nada indican del objeto (*Objekt*), sino que es subjetivo: «no contienen más que una referencia de la representación del objeto al sujeto»[iii]. El ejemplo dado por Kant en este punto permite aclarar esta diferencia: el color verde de una pradera como objeto de la percepción supone una sensación objetiva y puede apoyarse en un concepto, pero el placer que provoca su representación debe remitirse a una sensación subjetiva, que no proporciona conocimiento del objeto, «en ella el sujeto se siente a sí mismo afectado por la

representación»[iv]. En la medida en que no necesitan un concepto los «juicios estéticos» son la expresión de la relación inmediata del sujeto con la representación del objeto en tanto *Gegenstand*, que se realiza según los términos de lo agradable y lo desagradable. Muestran, por lo tanto, la existencia de una «especial facultad de discriminación»[v] regida por el placer o displacer que acompaña a las representaciones. La cercanía con la distinción de los dos juicios que hace Freud termina de vislumbrarse con la referencia de Kant a los «juicios de gusto». Según sostiene, lo que se quiere saber con ellos es solamente si la representación del objeto va acompañada de placer, ya que resulta indiferente la existencia del objeto de dicha representación[vi]. En el caso de los «juicios de atribución» del yo-placer originario se regirían con exclusividad por el principio del placer-displacer, de modo que preceden a la posibilidad concreta de decidir sobre la existencia del objeto de la representación. Sólo se pronuncian sobre el placer o displacer que acompaña a toda representación, tenga ésta o no un correlato en un objeto del mundo. Según Freud, estos «juicios primarios de atribución» se expresan en el lenguaje de las más antiguas mociones pulsionales: las pulsiones orales. Su modo de funcionamiento opera según la lógica del «quiero comer esto o quiero escupir esto»[vii]. Algún tiempo antes, en «Pulsiones y destinos de pulsión» de 1915, Freud había anticipado esta idea. A propósito de una cita de Ferenzci, afirmaba que el yo-placer originario quiere introyectarse todo lo bueno y expeler de sí todo lo que es causa de displacer[viii]. En ese momento se encargaba de indagar el modo en que las pulsiones compelen al yo a una actividad hacia el mundo exterior. Con esta afirmación se abre la interrogación acerca de si la introyección o la expulsión —«querer comer o querer escupir»— como expresiones de los «juicios primarios de atribución» podrían llegar a ser considerados como los primeras acciones o comportamientos del yo-placer originario. Sobre el final de «La negación» Freud señala que «el juzgar es la acción intelectual que elige la acción motriz [...] y conduce del pensar al actuar»[ix]. Aún cuando considere al juzgar como un «tantear motor con mínimos gastos de descarga», esa afirmación supone que efectivamente hay una separación entre la función intelectual del juicio y la acción motriz. En rigor, si esta función intelectual se ocupa de elegir la acción motriz acorde a fines, su trabajo es el de una mediación de los procesos de descarga. A esto se refiere Freud en *El yo y el ello* (1923) al afirmar que el yo mediante los procesos de pensamiento y con motivo del examen de realidad «aplaza las descargas motrices y gobierna los accesos a la motilidad»[x]. Si, como puede leerse en «La negación», la tarea de la función intelectual del juicio es afirmar o negar contenidos del pensamiento y para que eso sea posible es necesaria «la creación del símbolo de la negación»[xi], es entonces el acceso al lenguaje el que permite la mediación de la acción motriz y la descarga dándole «al pensar un primer grado de independencia respecto de [...] la compulsión del principio del placer»[xii]. Por consiguiente, si a partir del mecanismo de la «denegación», a través de «juicio adverso» —«no es mi madre», respondía el paciente de Freud—, puede verse una separación entre la función intelectual y el proceso afectivo, habrá que afirmar entonces que con anterioridad a la posibilidad de mediación por la palabra, las decisiones sobre «lo bueno, lo malo, lo útil o dañino» conicidían con la acción motriz y ésta a su vez con el desarrollo del afecto, entendido como expresión originaria de las más antiguas mociones pulsionales orales regidas por el principio de placer. Como fue señalado antes, tanto los afectos como los sentimientos se corresponden con los procesos de descarga que según afirma Freud en el *Proyecto de psicología* «van hacia la motilidad»[xiii]. De este modo, el afecto sería la cualificación que se produce en el

momento en que el proceso de descarga energético se exterioriza a nivel corporal. En relación a esto, en su trabajo sobre la angustia Laplanche sostiene que el afecto en Freud se concibe de manera muy cercana a lo somático, hecho de un conjunto organizado de descargas motoras[xiv]. Esto es explicitado en un pie de página de «Lo inconsciente» (1915) en el que se afirma que la afectividad se exterioriza esencialmente en una descarga motriz que provoca una alteración del cuerpo propio[xv]. La sensación de placer generada por un determinado objeto produce una tendencia motriz que busca acercarlo al yo y si en cambio la sensación es de displacer la reacción es la de alejarlo. Así, la «repulsa primordial» de la que brota el odio del yo-placer es la exteriorización de la reacción displacentera provocada por un objeto y a la inversa el amor como reacción placentera ante un objeto se confunde con el «incorporar o devorar». A esto refiere la idea de Freud de que el «el amor es una conducta hacia el objeto»[xvi]: incorporarlo primero, apoderárselo luego. En esa precisa dirección es que puede afirmarse que el afecto es un comportamiento y que a través suyo el yo-placer organiza su mundo, lo «descompone en una parte de placer que él se ha incorporado y en un resto que le es ajeno»[xvii]. En tanto que representantes de las mociones pulsionales los afectos expresados en los comportamientos de «atracción» o de «repulsa» son las formas del «juicio primario de atribución» por los que el yo-placer ejerce una decisión en la acción, pero sin mediación. En un conocido pie de página de «Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico» en el que Freud menciona el «berreo y el pataleo» del lactante como la descarga motriz por las que denuncia su displacer, sostiene lo siguiente: «más tarde, el niño aprende a usar estas exteriorizaciones de descarga como medio de expresión deliberado»[xviii]. Si se sigue de cerca esta afirmación podría decirse que si el niño «aprende más tarde» a utilizar las descargas deliberadamente entonces en un primer momento el berreo y el pataleo en tanto descargas motrices eran ya un medio de expresión, aunque no voluntario sino espontáneo[xix]. Por consiguiente, como toda expresión estas descargas motrices que «denuncian displacer» —tanto como las que muestran placer— debían tener ya un sentido. Piénsese sino cómo, en otro orden, un abrazo espontáneo con motivo del encuentro con un ser querido o el empujón con el que alguien escapa de una situación desagradable construyen un sentido del mundo sin que sea necesaria una deliberación anterior.

2. Procesos primarios y secundarios: afectividad y lenguaje

Al ser previos a la capacidad de realizar el «examen de realidad» por el que se intenta discernir si la representación del objeto de deseo se corresponde con su existencia objetiva, los juicios primarios de atribución y la afectividad del yo-placer inicial se rigen únicamente por el principio de placer. Es decir que sin la posibilidad de la demora de la satisfacción como lo propio del principio de realidad y de los procesos secundarios, la descarga hacia la motricidad se realiza íntegramente y de la manera más rápida. En ese sentido, en el *Proyecto de psicología* puede leerse que «el proceso afectivo se aproxima al proceso primario desinhibido»[xx]. Si se atiende a la cercanía que en 1895 tenía el principio de placer con el principio de inercia como concepción del modo de funcionamiento inicial del aparato anímico, se ve cómo en los primeros momentos de la vida el sistema buscaría «desembarazarse por completo de la cantidad». Entendida desde una perspectiva económica la tendencia a la inercia es la propensión del sistema a la descarga completa de la energía psíquica y su reconducción a un nivel cero. En palabras de Laplanche: «el afecto quiere evacuarse totalmente, tiende a abandonar completamente las representaciones cuya ca-

dena recorre»[xxi]. Esta tendencia del aparato anímico por la que la energía psíquica circula libremente y sin trabas hasta lograr su extinción absoluta es el modo de funcionamiento de los procesos primarios que son los que definen esencialmente al inconsciente. En rigor en «Lo inconsciente», Freud sostiene que el núcleo de esta instancia psíquica consiste en representaciones que buscan descargar su investidura de modo que lo que allí prevalece es una movilidad mucho mayor de las intensidades a través de procesos de desplazamiento y condensación. Por esta razón, Freud propone ver a esos dos procesos propios del inconsciente «como indicios del llamado proceso psíquico primario»[xxii].

Pero si esta energía pulsional resulta del aumento de una excitación interna —por necesidad o deseo sexual—, su descarga total en la forma de la afectividad ciertamente no la cancela. Es evidente que el llanto del recién nacido por sí mismo no elimina su sensación de hambre. Freud insiste en que para poder lograrlo debe realizar una «acción específica» dirigida a provocar una alteración del mundo exterior: debe proveerse de alimento en el caso de la necesidad o aproximarse el objeto sexual si se trata del deseo[xxiii]. La descarga afectiva inmediata, total y sin trabas siguiendo el modo de funcionamiento de los procesos primarios sólo disminuye el displacer generado por la excitación interna pero no evita su afluencia y aumento. Una resolución duradera supondría tanto una acción adecuada como un objeto específico. De tal modo que el «juicio primario de atribución» de lo placentero o lo displacentero de una representación no alcanza para el apaciguamiento ya que es necesario distinguir si esa representación se corresponde con una percepción del objeto. Como fue señalado anteriormente, en eso consiste el «juicio secundario de existencia» y el «examen de realidad» del yo-realidad definitivo. Atendiendo a que para el yo-placer una representación fuertemente investida no se distingue de una percepción real, lograr una investidura moderada de la representación del objeto permitiría discernirlo como no real[xxiv]. De la misma manera, para alcanzar el objeto específico necesario para cancelar la excitación, la descarga hacia la motricidad tiene que seguir unas vías precisas y no un gasto total. Así, tanto para poder discernir la percepción del objeto de la mera representación como para lograr realizar la acción adecuada para alcanzarlo, el yo debe desarrollar una «acción inhibitoria» sobre la libre circulación de la energía pulsional. Esta ligazón de las investiduras que retiene el desplazamiento de la energía y evita su descarga completa es el modo de funcionamiento de los «procesos secundarios».

Estos se caracterizan por cumplir una función de regulación sobre los «procesos primarios», moderando el flujo de la cantidad y estabilizando las investiduras. Con eso se impide el desarrollo de la alucinación como producto de una excesiva catectización de la representación del objeto de deseo y se hace posible la discriminación de lo que efectivamente se da como realidad exterior. Pero la «acción inhibitoria» del yo-realidad definitivo supone que los «procesos secundarios» ya no siguen rigiéndose por el principio de placer ni por su tendencia a la descarga corporal total e inmediata. El «apremio de la vida», como sostiene Freud en el *Proyecto de psicología*, es el que impone al sistema la necesidad de una «función secundaria» por medio de la cual se definan y mantengan los caminos de descarga determinados que lleven a un cese del estímulo[xxv]. Así, la ausencia de satisfacción esperada siguiendo las vías de los «procesos primarios» llevó al aparato psíquico a «representar las constelaciones reales del mundo exterior y a procurar una alteración real»[xxvi]. Para hacerlo debe introducirse un nuevo principio en la actividad psíquica que no represente únicamente según el criterio de lo agradable y desagradable, como en el «juicio de

gusto» kantiano, sino según el de lo existente. Lo que se introduce entonces es el principio de realidad en relevo del principio de placer y con él funciones como la conciencia, el juicio —en un sentido estricto—, la atención, el pensar y el discernir, junto con la posibilidad de realizar una «acción específica» con arreglo a fines. Todas estas funciones tienen el propósito de favorecer una valoración correcta de los «signos de realidad objetiva» y su alteración a través de un comportamiento adecuado.

Si bien el principio de realidad ya tiene un lugar en el *Proyecto* de 1895, es recién en «Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico» de 1911 en donde Freud se dedica a él de lleno y a su relación con el principio de placer desde la perspectiva de una psicología genética. A diferencia de los «procesos primarios» que buscan una descarga lo más rápida posible, el funcionamiento psíquico regido por el principio de realidad supone, aunque con más demora, un mayor aseguramiento de la obtención de la satisfacción: «la sustitución del principio de placer por el principio de realidad no implica el destronamiento del primero por el segundo, sino su apaciguamiento. En el *De Anima* Aristóteles ya afirmaba que «el intelecto manda resistir ateniéndose al futuro, pero el apetito se atiene a lo inmediato»[xxvii], porque el placer inmediato aparece como placer absoluto y bien absoluto y por eso pierde de vista el futuro. Con la entrada del principio de realidad «se abandona un placer momentáneo, pero inseguro en sus consecuencias, sólo para ganar por el nuevo camino un placer seguro, que vendrá después»[xxviii]. Allí donde el yo-placer no puede más que desear, trabajar por la ganancia de placer y evitar el displacer, de igual modo el yo-realidad no tiene más que aspirar a *beneficios* y asegurarse contra los perjuicios[xxix]. Para ello, como indica Freud, el proceso del pensar procura la suspensión de la descarga motriz y desde una perspectiva económica eso requiere un pasaje de investiduras libremente desplazables a investiduras ligadas[xxx]. Desde un punto de vista tópico el pasaje de los «procesos primarios» a los «secundarios» y el relevo de un principio por el otro se corresponde con la constitución del sistema preconciente por sobre el inconsciente y con el tránsito del representar al pensar.

3. La afectividad y los modos de expresión primarios: la regresión

En la Carta 52 (6 de diciembre de 1896) Freud le comentaba a Fliess que venía trabajando con el supuesto de que el mecanismo psíquico se genera por una estratificación sucesiva: de tiempo en tiempo —puede leerse en esa correspondencia— «el material preexistente de huellas mnémicas experimenta una *reordenamiento* según nuevos anexos, una *re-transcripción*»[xxxi] que obedece a épocas distintas de la vida subjetiva. De allí surge la tesis de Freud por la que se afirma que la memoria no preexiste de manera simple sino múltiple y se registra en una variedad de signos. A la inscripción inconsciente originaria le sigue una segunda transcripción en el sistema preconciente que es «secundaria en el orden del tiempo»[xxxii]. Sin dudas en esta carta a Fliess se anticipaba el problema que Freud abordó algunos años más tarde en «Lo inconsciente» a partir de la contraposición entre la «hipótesis funcional» y la teoría de la «doble inscripción tópica». Esta última se sostiene sobre el supuesto de que una misma cosa se registra a la vez en sistemas psíquicos diferentes de tal manera que la inscripción en una nueva localidad del aparato anímico no anula a la anterior que por el contrario subsiste junto a ella. Este supuesto «tópico» se basa en la separación de distintos sistemas psíquicos y en la posibilidad de que una representación esté al mismo tiempo en dos lugares del aparato anímico y de que se traslade de un lugar al otro si no media inhibición o censura. Por el contrario, con la «hipótesis funcional» se

presume la existencia de una única representación que cambia de estado, como si un mismo material en el mismo sitio recibiera una diferente iluminación[xxxiii]. En ese sentido, tanto el inconsciente como el preconciente se definirían tan sólo como modos de funcionamiento de la energía psíquica, cuyas leyes se terminarían por imponer a cualquier contenido. Según el tipo de «ligazón» y de circulación una representación será ya inconsciente ya preconciente: los «procesos primarios», la tendencia a la descarga absoluta, la labilidad de las investiduras y la energía libre, caracterizarían al primero, y los «procesos secundarios», la inhibición de las descargas, las investiduras fijas y la energía ligada al segundo.

La interpretación de Laplanche y Leclaire, con motivo de su participación en el Coloquio de Bonneval, aun cuando se volcara a favor de la primera opción, tendió a minimizar las diferencias entre las dos hipótesis[xxxiv]. Si el desplazamiento de una representación del inconsciente a la conciencia —o al preconciente— se vuelve un pasaje funcional «es al precio de una distinción tópica todavía más nítidamente marcada y sostenida por una distinción económica»[xxxv]. Sin embargo, más allá de las oscilaciones de Freud respecto de estas dos hipótesis y de que finalmente parezca decidirse por la tesis de la distinción «tópica», sobre el final de «Lo inconsciente» señala en dónde residiría la diferencia entre una representación inconsciente y una conciente. No se trataría, en sentido estricto, de diversas transcripciones del «mismo» contenido, ni de distintos estados funcionales de la investidura en el mismo lugar, sino de una diferencia en la cualidad de la representación en cada caso: al inconsciente le corresponden únicamente las «representaciones-cosa», mientras que el sistema preconciente nace cuando ellas son enlazadas con las «representaciones-palabra»[xxxvi]. Este enlace hace posible, por un lado, el relevo de los «procesos primarios» por los «procesos secundarios» que rigen el modo de funcionamiento del preconciente y, por el otro, el acceso de las representaciones a la conciencia. Así, en «Lo inconsciente», Freud puntualiza la función del lenguaje para la toma de conciencia en el orden de los «procesos secundarios». Esto ya lo anticipaba en el *Proyecto* al afirmar que la condición para que una imagen mnémica devenga conciente es que se asocie con una imagen verbal. Según los términos del artículo de 1915, luego reproducidos en 1923 en *El yo y el ello*, las «representaciones-cosa» devienen concientes «por conexión con las correspondientes representaciones-palabra» del preconciente[xxxvii]. Con esta distinción de importancia capital puede verse en qué medida la hipótesis de la «doble inscripción tópica» no supone la transcripción de una misma representación en distintos sistemas ni se trata, por el contrario, de una misma representación que ha sufrido un cambio de estado. La distinción hecha entre «representaciones-cosa» y «representaciones-palabras» permite hablar de diferentes «modos de expresión», en el sentido en que lo hace Freud y luego retoma Laplanche.

Al referirse al trabajo que realiza el sueño sobre los materiales del pensamiento Freud introduce, en *La interpretación de los sueños* (1900), la noción de «regresión formal» en alusión a unos «modos de expresión y de figuración primitivos que sustituyen a los habituales»[xxxviii]. Según indica, ésta coincide con la «regresión temporal», entendida como un retroceso a formaciones psíquicas más antiguas, y con la «regresión tópica», en tanto que retorno a sistemas psíquicos anteriores. En el caso del sueño, puntualmente, al sistema percepción-conciencia. Tiempo después, en la quinta de las *Cinco conferencias sobre psicoanálisis* de 1910, retoma la noción de «regresión formal» para mostrar cómo en ciertos casos para exteriorizar la necesidad erótica «se emplean los medios originarios y primitivos de expresión psíquica»[xxxix]. De similar manera,

Freud vuelve a dirigirse a esta regresión, a propósito del trabajo del sueño, en las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* de 1915-1916; allí hace mención una vez más a un «modo de expresión» —que luego caracterizará como «arcaico y regresivo»— que se «remonta a estados de nuestro desarrollo intelectual superados ha mucho por nosotros [...], quizás a condiciones que han existido antes de que se desarrolle nuestro lenguaje discursivo»[xl]. Con esta idea de regresión podría admitirse la posibilidad de someter a un mismo material a distintas exigencias formales a la vez, en la misma dirección a la planteada por Freud en su Carta 52 a propósito de las múltiples inscripciones de la memoria. Parafraseando a Laplanche, habría entonces distintas formas de tratar un mismo contenido —ciertamente éste será el núcleo de la idea de la coexistencia de las distintas «metabolizaciones» como modos de la representación para Piera Aulagnier—: una con un tratamiento más simple, más primitivo y más reducido en su sintaxis y otro más evolucionado, más discriminativo, más a distancia de la cosa y menos adherente[xli]. El primero de estos «modos de expresión», «cuyas leyes de funcionamiento arcaicas desde el punto de vista formal, ligadas a un modo de representación en sí mismo arcaico»[xlii], se correspondería con el funcionamiento de los «procesos primarios» y el otro, de desarrollo posterior, con los «procesos secundarios» y las «representaciones-palabra» del lenguaje de la vigilia. Desde un punto de vista formal Freud estaría admitiendo la existencia de distintos lenguajes en correspondencia con lo que desde una perspectiva económica y energética distinguía como diferentes procesos psíquicos. Estos serían equivalentes a las diversas inscripciones tal como se suceden conforme al desarrollo de la estratificación psíquica mencionada en la Carta 52 a Fliess. Allí donde se describía en un primer momento un modo de circulación de la energía psíquica y la búsqueda de su descarga absoluta y sin retraso a través de la motricidad, puede colegirse ahora un «modo de expresión» originario de carácter afectivo. Esta primera inscripción se caracteriza tanto por su condición corporal e indisoluble del comportamiento y la motricidad, tanto como por la inmediatez, la desinhibición y la indistinción de su sentido.

NOTAS

- [i] Freud, S., «La negación», O.C., Vol XIX (1923-1925), Amorrortu editores, Bs. As., 2004, p. 254
- [ii] Green, A., *Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo*, Amorrortu editores, Bs. As., 2005, p. 180.
- [iii] Kant, I., *Crítica del juicio*, Ed. Losada, Bs. As., p. 46
- [iv] *Ibid.*
- [v] *Ibid.*
- [vi] *Ibid.*, p. 47
- [vii] Freud, S., «La negación», *Op. Cit.*, p. 255
- [viii] Freud, S., «Pulsiones y destinos de pulsión», O.C., Vol. XIV (1914-1916), Amorrortu editores, Bs. As., 2004.
- [ix] Freud, S., «La negación», *Op. Cit.*, p. 256.
- [x] Freud, S., *El yo y el ello*, O.C., Vol. XIX (1923-1925), Amorrortu editores, Bs. As., 2004, p. 56.
- [xi] Freud, «La negación», *Op. Cit.*, p. 257.
- [xii] *Ibid.*
- [xiii] Freud, S., *Proyecto de psicología*, O.C., Vol. I, (1886-99), Amorrortu editores, Bs. As., 2004, p. 356.
- [xiv] Laplanche, J., *Problemáticas I. La angustia*, *Op. Cit.*, p. 50.
- [xv] Freud, S., «Lo inconsciente», O.C. Vol. XIV (1914-1915) Amorrortu editores, Bs. As., 2004, p. 175
- [xvi] Freud, S., «Pulsiones y destinos de pulsión», *Op. Cit.*, p. 133
- [xvii] *Ibid.*, p. 130

[xviii] Freud, S., «Formulaciones sobre los dos principios de acaecer psíquico», O.C., Vol XII (1911-12), Amorrortu editores, Bs. As., 2004, p. 225.

[xix] Como sostiene A. Green, en *Ensayo sobre el origen de las lenguas*, J.J. Rosseau ya había destacado el origen afectivo del lenguaje mucho tiempo antes que Freud encontrará en el grito el motivo de la comunicación humana, cf, Green, A., *El lenguaje en el psicoanálisis*, Amorrortu editores, Bs. As., 1995, p. 133

[xx] Freud, S., *Proyecto de psicología*, *Op. Cit.*, p. 405

[xxi] Laplanche, J., *Vida y muerte en psicoanálisis*, Amorrortu editores, Bs. As., 2001, p. 81.

[xxii] Freud, S., «Lo inconsciente», *Op. Cit.*, p. 183.

[xxiii] Freud, S., *Proyecto de psicología*, *Op. Cit.*, p. 362.

[xxiv] «[...] en el proceso de deseo la inhibición por el yo procura una investidura moderada del objeto deseado, que permite discernirlo como no real» en Freud, S., *Proyecto de psicología*, *Op. Cit.*, p. 372

[xxv] *Ibid.*, p. 340.

[xxvi] Freud, S., Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico», *Op. Cit.*, p. 224

[xxvii] Aristóteles, *Op. Cit.*, III 433b 5

[xxviii] Freud, S., «Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico», *Op. Cit.*, p. 226

[xxix] *Ibid.*

[xxx] *Ibid.*

[xxxi] Freud, S., «Carta 52», O.C., Vol I (1886-99), Amorrortu editores, Bs.As., 2004, p. 274

[xxxii] Surge en este punto la tentación de tender lazos con la idea de Castoriadis según la cual el tiempo se constituye de manera no separable por «tres dermis» superpuestas, interpenetradas y cruzadas: representaciones, afectos e intenciones o deseos.

[xxxiii] Laplanche, J., y Leclair, S., «El inconsciente: un estudio psicoanalítico», *El inconsciente freudiano y el psicoanálisis francés contemporáneo*, Nueva Visión, Bs. As., 1976, p. 30.

[xxxiv] Sin embargo en el *Inconsciente y el ello* Laplanche dice recordar su preferencia por la hipótesis funcional.

[xxxv] Laplanche, J y Leclair, S., *Op. Cit.*, p. 32

[xxxvi] Freud, S., «Lo inconsciente», *Op. Cit.*, p. 198

[xxxvii] Freud, S., *El yo y el ello*, *Op. Cit.*, p. 22

[xxxviii] Freud, S., «*La interpretación de los sueños*», OC V p. 541

[xxxix] Freud, S., *Cinco conferencias sobre psicoanálisis*, O.C., Vol. XI (1910), Amorrortu editores, Bs.As., 2004, p. 45.

[xl] Freud, S., Conferencias de introducción al psicoanálisis, O.C., Vol XV (1915-16), Amorrortu editores, Bs. As., 2004, p. 182

[xli] Laplanche, J., *El inconsciente y el ello. Problemáticas IV*, Amorrortu editores, Bs. As., 1987, p. 73

[xlii] *Ibid.*, p. 73

BIBLIOGRAFÍA

Aristóteles, *Acerca del Alma*, Gredos, Madrid, 1978.

Freud, S., «La negación», O.C., Vol XIX (1923-1925), Amorrortu editores, Bs. As., 2004.

Freud, S., «Pulsiones y destinos de pulsión», O.C., Vol. XIV (1914-1916), Amorrortu editores, Bs. As., 2004.

Freud, S., *El yo y el ello*, O.C., Vol. XIX (1923-1925), Amorrortu editores, Bs. As., 2004.

Freud, S., *Proyecto de psicología*, O.C., Vol. I, (1886-99), Amorrortu editores, Bs. As., 2004.

Freud, S., «Lo inconsciente», O.C. Vol. XIV (1914-1915) Amorrortu editores, Bs. As., 2004, -Freud, S., «Formulaciones sobre los dos principios de acaecer psíquico», O.C., Vol XII (1911-12), Amorrortu editores, Bs. As., 2004.

Freud, S., «Carta 52», O.C., Vol I (1886-99), Amorrortu editores, Bs.As., 2004, -Freud, S., *Cinco conferencias sobre psicoanálisis*, O.C., Vol. XI (1910), Amorrortu editores, Bs.As., 2004.

Freud, S., Conferencias de introducción al psicoanálisis, O.C., Vol XV (1915-16), Amorrortu editores, Bs. As., 2004

Freud, S., «*La interpretación de los sueños*», O.C. Vol V (1900), Amorrortu editores, Bs. As., 2004.

Green, A., *Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo*, Amorrortu editores, Bs. As., 2005, p. 180.

Green, A., *El lenguaje en el psicoanálisis*, Amorrortu editores, Bs. As., 1995, p. 133.

Kant, I., *Crítica del juicio*, Ed. Losada, Bs. As., 2005.

Laplanche, J., *Vida y muerte en psicoanálisis*, Amorrortu editores, Bs. As., 2001, p. 81.

Laplanche, J., *El inconsciente y el ello. Problemáticas IV*, Amorrortu editores, Bs. As., 1987.

Laplanche, J., y Leclair, S., «El inconsciente: un estudio psicoanalítico», *El inconsciente freudiano y el psicoanálisis francés contemporáneo*, Nueva Visión, Bs. As., 1976.